PASTORAL VOCACIONAL Y VIDA COMUNITARIA

A lo largo de varios años, el Señor me ha dado la gracia de trabajar por las vocaciones. En este camino, recibí otra gracia: la vida consagrada.

Gracias a conocer de cerca su vida, sus luchas, sus búsquedas, y ver el tema de las vocaciones “in situ” me atreví a escribir estas reflexiones sobre pastoral vocacional y comunidad consagrada.

Son pensamientos que no agotan el tema, simplemente pretender sumar un grano de arena más a este tema que tanto nos preocupa a todos.

Quiero dar gracias a Dios, por todos esos consagrados y consagradas que día a día entregan su vida por el Reino con generosidad y alegría, aunque muchas veces las tareas o la realidad sean arduas o las no esperadas.

Ellos son testimonios de la Vida del Espíritu, del Señor Resucitado y de que El, nos sigue llamando.

P. Julián Antón

A- Introducción

Todos sabemos que el trabajo por las vocaciones no resulta sencillo en estos días.

Si miramos la vida consagrada el desafío es el mismo.

Desde hace ya muchos años, algunas congregaciones que tradicionalmente han tenido muchas y variadas vocaciones, se encuentran sin ingresos y sin nuevas generaciones. ¿El resultado? congregaciones con muy buena gente, pero a las que se les va acabando la savia joven.

El tema no es menor.

Por muchos lados se realizan encuentros sobre el tema, se destina gente para esta tarea, pero los resultados no siempre son los esperados.

Los pobres encargados vocacionales, sienten sobre sus hombros la responsabilidad de toda una comunidad o congregación, que los miran como si en sus manos estuviera el destino final de la comunidad.

Indudablemente, el tema toca un aspecto, muy importante, de la vida de una comunidad y de las personas: **la fecundidad.** Esto genera muchas preguntas, dudas, y desde ya, dolor. Quien quiera verdaderamente su existencia, el tema de la fecundidad, no le es indiferente, ya que esto habla *de la propia vida que da vida*, *la propia vida que se despliega*.

Es importante destacar que no estamos hablando de la virtud personal o la falta de testimonio personal. Es verdad que este, tiene un alcance infinito, y que el Espíritu obra, desde ese testimonio, de un modo inimaginable para nosotros. No podemos

desvalorizar el esfuerzo y la santidad personal de muchos consagrados que llevan vidas profundamente evangélicas.

Pero, pareciera que el testimonio personal no siempre es directamente proporcional a la fecundidad vocacional[1].

Esto indudablemente nos hace pensar más detenidamente sobre el "misterio" de la *fecundidad vocacional*.

Un tema fundamental de la pastoral vocacional **ordinaria**, es el de ***la comunidad como espacio generador de vocaciones.***

Una congregación, es una comunidad de personas que llamadas a vivir un ideal (carisma) se reúnen concretándolo en modos de vida, apostolado, vínculos, etc., que la define dando una característica particular. Este ***modo*** comunitario, genera un **clima**, que es también generador de vocaciones, es decir, personas que sintiéndose atraídas por ese ideal, se sienten llamadas a incorporarse a dicha comunidad.

Al respecto, el Papa Juan Pablo II acuñó un término que es clave para trabajar la dimensión vocacional de la fe: **cultura vocacional.**

Se trata del ambiente, del clima comunitario, del "humus", a partir del cual una comunidad vive su fe de *manera fructuosa.* Una comunidad que no solo se preocupa por hacer o cumplir, sino también que por su misma vida, genera vida, haciendo participar a otros de un aspecto del misterio de Cristo ***(carisma).***

Este clima, se crea a partir de personas que optan por vivir esta llamada de modo personal y también comunitario.

El término ***cultura vocacional***, nos habla fundamentalmente de la dimensión comunitaria, que se compone de personas concretas. Existe una tensión entre lo personal y lo comunitario; esta tirantez es absolutamente normal y real, pero son realidades que no pueden vivir una sin la otra. Lo común se conforma de personas que eligen vivir comunitariamente un determinado ideal. Pero para que exista verdadera fecundidad, deben existir los dos aspectos.

La fecundidad se da cuando las dos dimensiones conviven en armonía y no como *componentes* ***pegados a la fuerza.***

Es verdad que existen personas que por carisma particular son generadoras de vocaciones, pero no es lo común. Lo ordinario es que las vocaciones *surjan de la comunidad,* que es donde se vive una "cultura vocacional".

---

[1] La fecundidad en el Evangelio, está ligada a ciertos valores que hay que pensarlos bien y discernirlos. ¿Hablamos de cantidad o de calidad?, aquí está el problema. Los dos polos forman parte de la fecundidad. Una pastoral vocacional que no mire la calidad, puede terminar comprometiendo la salud de una comunidad con personas con problemas serios sin resolver, pero si no miramos la cantidad, estaremos dejando de lado un "termómetro" de cómo está nuestro trabajo vocacional. Hay que mirar los dos aspectos. Cada uno tiene su propia especificidad, no hay que confundirlas; una nunca puede reemplazar a la otra. Calidad y cantidad son dos coordenadas que van de la mano.

La maduración, el crecimiento, el discernimiento de una vocación, se da en el seno de una comunidad.

Para crear este clima de fecundidad, me animo a pensar algunas pistas que deben existir, ciertas condiciones, cierto clima.

Hay que resaltar que así como una persona trabaja su vida interior y busca medios necesarios, del mismo modo hay pensar la vida espiritual de una comunidad. Existen elementos internos y externos, valores, principios, medios, etc.

A continuación enumero algunos puntos que sí o sí deben estar presentes a la hora de madurar ***la dimensión comunitaria vocacional.***

B- Elementos a tener a tener en cuenta para crear una "cultura vocacional comunitaria"

1- Es necesario tener una clara convicción de que la comunidad es **una familia** y que ese clima no nace porque sí, sino que es fruto del esfuerzo de todos sus miembros. En esta misma línea, no podemos olvidarnos de que hay un llamado particular del Señor a formar, en la fe, dicha comunidad. Podemos decir que *viene incluido* en el llamado vocacional.

Vida de familia que incluye a todos. No solo a los "aptos" para la vida comunitaria, sino jóvenes, adultos, mayores y cada uno con su problemática y riqueza propia.

Vida y clima de familia cuyo fundamento no nace del criterio utilitarista o de conveniencia puramente humana, sino del Evangelio.

Desde ya, clima familiar "real", con toda la problemática propia de la convivencia entre personas, pero transfigurado desde la vida de fe.

Vida *comunitaria - familiar*, que sea testimonio y que a su vez cuestione a las personas. Es decir, que al compartir o conocer la vida de dicha comunidad, las personas experimenten la presencia del misterio de Dios y se cuestionen si en ese estilo de vida, el Señor no le está hablando y llamando a seguirlo.

Esta vida de fe se expresa en tiempos, modos, espacios, concretos y permanentes. Momentos de alimento para el espíritu[2].

---

[2] El tema de los tiempos y la organización de una comunidad, es un tema muy importante. Como en toda familia, los tiempos de vida tienen que estar bien pautados. Cuando estos no están claros y cada uno hace lo que cree correcto poco a poco se va dividiendo la vida común y esto genera un individualismo que trae como consecuencia el desgano por compartir y la costumbre de que cada uno hace su vida. Aquellos aspectos de la vida comunitaria que son puntos de encuentro y comunión se pierden. Pautar la vida, no es uniformar, sino crear espacios para la comunión. Cuando en una familia se respetan los horarios, no es por la obligación, sino porque se sabe que es el momento de encuentro de todos aquellos

2- Esta vivencia comunitaria de la fe, exige una **<u>mística comunitaria</u>**, es decir, un modo de vivir el vínculo con Dios, junto con otros hermanos/as que están llamados al mismo camino **(carisma)**.

Desde la vivencia de dicha mística, la vocación se alimenta, madura y crece.

Mística alimentada por el carisma, que le da identidad y razón de existir. En la vivencia comunitaria de la fe, la vocación personal madura y se afianza. La caridad fraterna, el discernimiento comunitario de la vida, el vida orante (tanto personal como comunitaria), etc., etc., alimentan la vocación común.

No hablamos de ritos que se deben cumplir por regla o tradición, sino de una mística específica que alimente dicha vida.

En esta misma línea, incluimos también la celebración de la liturgia, como espacio común, eclesial, de glorificación al Padre. En la liturgia se expresa la dimensión trascendente de la comunidad. No hablamos de un "esteticismo" sino de un espíritu, donde realmente cada celebración sea expresión, de este llamado, sea una verdadera experiencia y alimento de la fe.

3- Una vida *comunitaria- familiar,* que ***invite a sus miembros a permanecer, a "estar".*** Que no sea solo el descanso de las tareas, sino que sea **vida**. Así como un hijo madura en el seno de una familia, del mismo modo, una persona discierne y madura su vocación, en el seno de una comunidad que viva el espíritu de familia.

Un espacio, una comunidad, un hogar, donde den ganas de estar, donde se acoja al otro. Donde sus integrantes estén en actitud de apertura a recibir al que llega, a hacer fiesta. Entrar a una comunidad que viva el ambiente de familia, donde se comparte las alegrías y tristezas, que viva la afectividad de manera simple y evangélica.

Que no sea *solamente* el lugar de paso, un lugar para satisfacer las necesidades básicas o un lugar donde directamente no dan ganas de estar. Es decir, que sea un espacio donde sus integrantes lo vivan como parte escencial de sus vida.

Un ambiente en el que solo se vive la eficiencia como estilo de vida, el estar juntos como un mandato de la regla y no como un espacio propio del propio llamado, un ambiente con presencia pero sin corazón, no ayuda a crecer a sus miembros o a la fecundidad vocacional.

El clima de familia exige compromiso de cada uno de sus miembros.

4- Una vida comunitaria que ***desafíe a crecer***. Así como en lo personal, una persona comprometida cuestiona nuestra vida y nos invita seguir buscando, del mismo

---

que los une una misma vida. La comunidad no es para vivir juntos, lejos de eso, pero sí necesita de espacios comunes.

modo el ambiente comunitario debe tener este rasgo. El entrar en ella tiene que ser un cuestionamiento y una invitación a la vez.

Un clima de “estancamiento”, sólo genera tristeza, chatura. Una especie de acedia comunitaria, donde no hay posibilidad de crecimiento.

Cuando toda posibilidad se tiene que buscar afuera, como único camino, esto empobrece a toda la comunidad y genera aislamiento. En un ambiente seco y aislado, nada crece.

Pero si por el contrario, el carisma común, se transforma en motor generador de vida, como una fuente, los frutos de uno de los miembros, son un don para todos. El enriquecimiento común, es un signo de vida, más cuando está al servicio del carisma o llamado común. Una comunidad de gente viva y no gente estancada.

Este clima de fecundidad, de vida, genera vida, no asusta, no huele “a muerto”. Esta vitalidad, es lo que empuja a que otras personas vean que sus dones, su vida, sus capacidades, pueden estar al servicio del Reino. Básicamente, que su vida no se desvaloriza, y que en esa comunidad descubre el sentido de su vida, en la que pone en juego los valores más fundamentales de su persona.

5- Un comunidad que viva su ***vida apostólica*** como expresión de ese llamado común; como parte de su identidad. La tarea apostólica, tiene que estar íntimamente unida a la vida comunitaria. No todos pueden hacer lo mismo, pero cada uno de los miembros de una comunidad, en su trabajo, expresa un ideal común de vida.

Apostolado que sea expresión de la vida entregada al Evangelio y su Reino.

La actividad no tiene que ser activismo. La actividad pastoral debe ser fruto de una opción comunitaria. Aquellos apostolados que sean paralelos a la comunidad o que lleven a ser un francotirador, no sirven.

Lo mismo podemos decir de las personas sobrecargadas de trabajo cuyo objetivo es que las cosas se hagan, pero por el mero hecho de que tienen que ser hechas, sin pensar en el peso que carga la persona y si verdaderamente es expresión del carisma, de la comunidad o no[3].

El discernimiento permanente de los caminos apostólicos tomados y la conciencia madura de que cada miembro representa a la comunidad en lo que hace, debe ser una exigencia, para poder mantener la calidad carismática - evangélica del apostolado.

Esta coherencia da unidad (no uniformidad), al modo de una sinfonía, donde los diferentes instrumentos y sonidos son parte de una misma orquesta u obra.

---

[3] Sobre este tema transcribo lo que decía una consagrada, que creo que sintetiza la idea: “*A veces se confunde el "hacer" con el activismo y hoy, por la falta de consagrados porque salen, se trata de cubrir esos espacios convirtiéndonos en "pulpos" y eso es lo que mostramos a los jóvenes algunas veces: trabajo, trabajo, trabajo. "No apostolado". Tratando de mantener estructuras. Y eso cansa, desgasta y ves gente cansada dentro que perdieron la alegría y esto el joven lo ve, lo presiente y por ahí no es lo que quieren vivir”.*

Esta es una línea muy importante a tener en cuenta en el camino de *creación de una cultura vocacional: carisma, unidad, diversidad apostólica y vocación están íntimamente unidos.*

El clima apostólico entusiasma, da sentido a la fe y por lo tanto a la existencia, pero en tanto y en cuanto sea expresión de algo más profundo, de un llamado inicial, de un vínculo personal con Cristo, que "cuestione" y descubra en ese carisma un llamado, como hemos dicho.

Estos son algunos de los puntos que constituyen una *cultura vocacional comunitaria.*

C- <u>Aspectos finales:</u>

Es importante ver que no hablamos de cómo debe ser la vida consagrada, sino *cómo crear o "re crear" un clima vocacional en la comunidad.*

Es verdad que muchos de estos puntos nos pueden llevar a pensar en cómo estamos viviendo, y ahí es donde tomamos conciencia que el trabajo por las vocaciones también nos implica y se transforma, para el consagrado, en *formación permanente.*

Mirar la dimensión de fecundidad de nuestra vida comunitaria, implica mirar nuestro corazón y ver a dónde estamos parados. Esto no necesariamente tiene que ser negativo, al contrario, es apertura al Espíritu que siempre quiere renovar en nosotros todas las cosas.

En este sentido, es muy positivo.

Es interesante, también, pensar la fecundidad vocacional desde la perspectiva de la conciencia que los miembros de una comunidad, deben tener. Como dijimos, lo primero a "evangelizar vocacionalmente" es el corazón de los que han sido llamados.

Para que sea verdaderamente fecunda, una comunidad debe mostrar **algo más**, algo distinto de lo que habitualmente la gente ve. Si al entrar en una comunidad, no se ve una vida nueva, transformada por el llamado de Jesús, difícilmente alguna persona se sienta atraída o descubra que lo que busca su corazón está vinculado a lo que se vive en esa comunidad.

Atender las vocaciones, significa crear un clima propicio para que estas maduren. Que crezcan desde el comienzo (en el deseo de que un joven quiera vivir esta vida) hasta la permanencia de aquellos que habiendo ingresado perseveran en su opción vocacional. Todo esto implica en nosotros un cambio de mentalidad, una conversión.

Si queremos trabajar las vocaciones, nos tenemos que plantear seriamente qué queremos vivir, cómo estamos viviendo y qué le vamos a proponer a aquellos que se acerquen a nuestras casas. Como toda conversión, es personal y comunitaria a la vez.

En lo personal, el corazón fecundo es el corazón que reconoce la propia vida como un don para ser donado y a su vez, está abierto a recibir a aquellos que se acercan. Es querer abrir la puerta de la propia vida, sabiendo que esto significará un compromiso grande.

Implicará paciencia, desear lo mejor para la persona, dedicar horas a "escuchar" y saber que lo primero en el trabajo por las vocaciones es sembrar, antes que cosechar.

Exigirá, también, cambiar aquellas actitudes personales que no fomentan el espíritu comunitario vocacional. Como dijimos, esto no va contra la santidad personal o que uno viva mal, simplemente es tomar conciencia de que el trabajo por las vocaciones incluye tiempo para los demás, proponer caminos de búsqueda y dar tiempo en mi comunidad para que otros participen un poco de nuestra vida, para que puedan "ir y ver" como dice el Señor en el Evangelio[4].

Si corro todo el día, o estoy en una sintonía diferente que el resto de la comunidad; si la centralidad de Cristo, no está en primer lugar, como actitud que empuja mi vida, solo estaré haciendo eso: corriendo o viviendo otra realidad.

La vocación es una experiencia de fe y eso es lo que transmito (o no) con mi vida. Así, convertirme a nivel comunitario, será también, mirar mis actitudes que en definitiva, generen o no este clima de familia.

No se trata de tener una actitud puramente extrínseca, sino ser coherente con aquello que se eligió, con lo que se optó.

La invitación al seguimiento no se reduce al plano personal, solamente, sino que se debe ver y "traducir" en actitudes comunitarias.

Esta coherencia, es provocadora, llama a otra cosa.

Repetimos, no se trata de actuar o mentir con nuestra actitud, ni tener gestos o actitudes "prefabricadas", sino responder al ideal.

Toda la comunidad tiene esta responsabilidad. El testimonio de vida fundada en el Evangelio, ha sido y es fuente de testimonio. La perseverancia de los mayores, su calidez, es muchas veces el signo visible de que esa vocación es posible[5].

---

[4] Un sacerdote decía una vez: "Hay vidas admirables, pero no imitables". Ayudar a que alguien descubra su vocación significará mostrar vidas **evangélicamente reales.**

[5] La experiencia de los seminaristas que visitan el Hogar Sacerdotal, donde residen los sacerdotes ancianos o con problemas de salud, lo demuestra. Lejos de ser algo traumático, lo viven como una verdadera experiencia de fe y de reverencia hacia aquellos que han servido al Señor y han dejado la posta a otros. En esta misma línea, recuerdo el relato de un seminarista que realizó su opción vocacional gracias al testimonio del cura mayor de su parroquia. Su fidelidad, su entrega alegre de cada día, su corazón de padre y pastor atento a sus hermanos, fue la mejor pastoral vocacional para este joven, aunque este sacerdote nunca se enteró. Verdaderamente fue un sembrador.

Todo esto, es realmente un desafío. Desafío que apunta a la conversión personal, a la *"conversión vocacional"* de nuestras comunidades.

P. Julián Antón
Seminario de Buenos Aires y Pastoral Vocacional
jufanton@gmail.com